TRATADO DEL AMOR DE DIOS

San Juan de Ávila

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

I.S.B.N : 84-7770-259-4
Depósito Legal: B-8742-95
Impreso por BIG, S.A.
Industria Gráfica

INTRODUCCIÓN

Un doctor de la ley, preguntó a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el primero de todos los mandamientos? ¿Cuál es el mandamiento más grande la ley?». Jesús contestó: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Éste es el más grande y primero de los mandamientos: el segundo es semejante a éste y es: ''Amarás al prójimo como a ti mismo''» (Mt. 22,36-38; Mac. 12.29-30).

Hoy se habla mucho del amor al prójimo, y se habla muy poco o casi nada del amor a Dios, y esto es una gran equivocación, por que al prójimo no podemos amarlo si no es por Dios; porque la única razón que tenemos para amar al prójimo es sólo Dios, y si no conocemos a Dios ni le amamos, es imposible que amemos al prójimo con verdadero amor.

No hay persona humana en el mundo

que merezca ser amada por sí misma, pues todos hemos nacido pecadores y somos naturalmente malos; si algo bueno hay en nosotros, es puro don de Dios. Por tanto, nadie merece que le amamos por él mismo, sino por lo que tiene de Dios, y porque Dios lo quiere y nos lo manda.

Por tanto, es un absurdo que nos hablen del amor que debemos al prójimo, si no empiezan por decirnos el amor que debemos a Dios.

La única razón que tenemos para amar al prójimo, es que Dios le ama, le quiere salvar y hacer feliz, y quiere que nosotros le amemos y le ayudemos a conseguir su último fin.

Por tanto, ya no tenemos que mirar en el prójimo si merece o no merece nuestro amor; porque aunque él no se lo merezca y sea indigno de ser amado, se lo merece Dios que nos lo manda, y se lo merece tanto, que no hay forma de poder corresponder a su amor si no es dándole todo nuestro corazón.

Las razones para amar a Dios son infinitas, y el amor que debemos a Dios es infinito. San Juan de Ávila nos apunta aquí algunas de ellas, y debemos leerlas y meditarlas con suma atención; porque la consi-

deración de estas razones son las que encienden en el alma el amor de Dios. Si logramos encender en nuestra alma el fuego del amor de Dios, seguidamente amaremos también al prójimo, porque no es posible amar a Dios y no amar todo lo que Él ama.

Dios nos ama como padre, madre y esposo

1. La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo, Nuestro Señor. Más mueve el corazón a amar que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, le da algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar.

Pues veamos ahora, Señor, si Vos nos amáis; y si es así que nos amáis, qué grande es el amor que nos tenéis. Mucho aman los padres a los hijos; pero ¿por ventura nos amáis vos como padre? No hemos nosotros entrado en el seno de vuestro corazón, Dios mío, para ver esto; mas el Unigénito vues-

tro, que descendió de ese seno, trajo señas de ello, y nos mandó que os llamásemos Padre por la grandeza del amor que nos tenías; y, sobre todo esto, nos dijo que *no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre*[1]. Porque así como Tú solo eres bueno por la eminencia de tu soberana bondad, así Tú solo eres Padre; y de tal manera lo eres y tales obras haces, que, en comparación de tus entrañas paternales, no hay alguno que pueda así llamarse.

Bien conocía esto tu profeta cuando decía: *Mi padre y mi madre me dejaron, y el Señor me recibió*[2]. Tú mismo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Esaías: *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tendrá piedad del hijo que salió de sus entrañas? Posible será que se olvide, mas yo nunca me olvidaré de Ti, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están delante de mí*[3]. Y porque, entre las aves, el águila es más afamada en amar a sus hijos, con el

1. Mt. 23,9.
2. Sal. 26,10.
3. Is. 49,15-16.

amor de ella nos quisiste comparar la grandeza de tu amor: *Así como águila defendió su nido, y, como a sus pollos, extendió sus alas y los trajo sobre los hombros*[1].

Sobre este amor es el del esposo a la esposa, del cual se dice: *Por éste dejará el hombre a su padre, y se llegará a su mujer, y serán dos en una misma carne*[2]; mas a éste sobrepuja tu amor; porque, según dices Tú por Jeremías, *si el marido echa a su mujer de casa, y, si echada, se junta con otro, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido; mas, con todo, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré*[3].

Pruebas de su amor

2. Y si todavía eres incrédulo a este amor, mira todos los beneficios que Dios tiene hechos, porque todos ellos son prendas y testimonios de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todo cuanto hay

1. Dt. 32,11.
2. Gén. 2,24.
3. Jer. 3,1-2.

en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas buenas inspiraciones has recibido y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos peligros en esta vida te ha librado, en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si Él no te hubiera librado, que todas éstas son señales y muestras de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que envía son argumento de amor, porque son muestras de padre, *que castiga todo hijo que recibe*[1] para enmendarlo, despertarlo y purgarlo, y para conservarlo en todo bien. Y. finalmente, pon los ojos en todo este mundo, que para ti se hizo todo por sólo amor, y todo él y todas cuantas cosas hay en él significan amor, y predican amor, y te demandan amor.

3. Y si a todas estas cosas estás sordo, no es razón que lo estés a las voces que Dios te da en el Evangelio, diciendo: *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su único Hijo, para que todo el que creyere en Él no perezca, mas alcance vida eterna*[2]. To-

1. Heb. 12,6
2. Jn. 3,16.

das éstas son señales de amor, y éstas más que ninguna de todas ellas, como escribe aquel muy amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: *En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dio su Hijo para que vivamos por Él*[1]. Y este beneficio con los demás son señales del grande amor que Dios nos tiene y como centellas que salen afuera de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto debe ser mayor aquel fuego escondido, pues las centellas que saltan de él son tan grandes? ¡Oh amor grande, oh amor gracioso, digno de ser gratificado con amor! *Danos, Señor, a sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la grandeza y largueza de este amor*[2], porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de este amor.

Fundamentos del amor de Cristo; largueza de Dios con Cristo

4. Pero veamos ahora qué grande fuese el amor que nos tuvo ese Hijo que nos dis-

1. 1 Jn. 4,9.
2. Cf. Ef. 3,18.

te. No hay lengua alguna que lo baste a decir; porque, como San Pablo dice, *la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido*[1], aunque sea el de los ángeles, porque todos ellos no alcanzan la grandeza de ella. Pues ¿qué hombres podrían explicarlo, si los ángeles no lo alcanzan a conocer?

Algunos ignorantes y rudos no acaban de caer en la cuenta de este amor. Como el amor de ellos nazca de la perfección de la cosa amada (porque el objeto del amor es la perfección y bondad de la cosa), siendo, pues, el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta según el cuerpo, y, según el alma, un vaso de maldad, ¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable? Considerando principalmente que aquel divino Amador no es ciego, ni apasionado, ni antojadizo. Pues donde no hay pasión ni ceguedad en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan miserable y tan fea, ¿qué amor se le podrá tener?

No es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque el amor de Cristo no nace de la perfección que hay en

1. Ef. 3,19.

nosotros, sino de lo que Él tiene, que es mirar en el Eterno Padre.

Para lo cual (tomando este negocio de los primeros principios) es de considerar la grandeza inestimable de las gracias que por la Santísima Trinidad fue concedida a aquella santísima humanidad de Cristo en el instante de su concepción. Porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas, en su manera, era infinita. Conviene a saber, la gracia de la unión divina, y la gracia universal que se le dio como a Cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su ánima.

a) Se le dio primero a aquella santísima humanidad el ser divino, juntándola y uniéndola con la divina persona; de manera que a aquella humanidad se le dio el ser de Dios de tal suerte, que podamos decir con verdad que aquel hombre es Dios, Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Hijo de Dios. Y, pues el mismo Dios es tan grande, esta gracia ya se ve que es infinita, por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios; y por la manera que se da, que es la más estrecha, que es por vía de unión personal.

b) También se le dio a aquel tan nuevo hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud. De manera que Él, en cuanto Dios, es igual al Eterno Padre, y, en cuanto hombre, es Cabeza de todos los hombres; y, conforme a este principado, le dio gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres; y Él se llama Santo de todos los santos, no sólo por ser el mayor de todos los santos, pero por ser santificador de todos y, como si dijésemos, un tinte de santidad donde han de recibir este color y lustre todos los hubieren de ser santos. Esta gracia también es infinita, porque es para toda la generación humana, que no tiene número de personas determinado, sino puede, en cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito; y para todos cuantos en ella se multiplicaren hay méritos y gracia en la bendita ánima de Cristo.

c) Se le dio, finalmente, otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida; la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia,

sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir.

d) Se le dieron además de esto, en aquel punto, todas las gracias *gratias datas*, de hacer milagros y maravillas cuantas él quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y suma perfección. Porque ésta es aquella hermosa flor de hermosura donde se asentó la paloma blanca del Espíritu Santo, y, tendidas las alas, la cobijó, y extendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente. Éste es el *vaso de escogimiento* donde se infundió aquel río de todas las gracias con todas sus avenidas y crecimientos, sin que ninguna gota quedase sin entrar en Él. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer y dio cuanto pudo dar, porque aquí hizo todo lo último de potencia y gracia dando todo lo que podía a aquella ánima dichosísima en el punto que fue criada.

e) Y, sobre todo, le fue dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que fue ajuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de toda gloria esencial cuanta ahora tiene a la diestra de Dios Padre.

Nuestra predestinación en Cristo

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra maravillosa circunstancia que hay en ella, y es que todo esto se dio de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita ánima pudiese haber hecho obra meritoria ninguna por donde lo pudiese merecer. Todo fue junto, el criarla y dotarla de estas gracias; no por más de porque así quiso el Señor amplificar y tender sus manos de largueza, y magnificar así su gracia. Por lo cual llama San Agustín a Jesucristo dechado y muestra de la gracia; porque así como los grandes escribanos o pintores suelen hacer en sus oficios muestras de labores cuando se quieren dar a conocer, en lo cual emplean todo su saber y hacen todo lo último de potencia para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanza, así esta bondad, largueza y magnificencia infinita de Dios determinó de criar una nueva criatura y usar con ella de toda su magnificencia y largueza, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella. El rey Asuero hizo un convite solemnísimo para que todos sus reinos viesen la grandeza de sus riquezas y pompa. El Rey del cielo hizo otro

convite a esta santa humanidad con quien Él se desposaba para que todas las criaturas celestiales y terrenas conociesen por ella la grandeza de sus riquezas, bondad y largueza divina, que a tales cosas se extendía.

Mira tú qué dádiva sea ésta tan admirable y cuán dichosa haya sido aquella ánima bendita a quien Dios tal gracia quiso hacer; y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no sólo la recibió para sí, sino también para ti. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job: *¿Comí solo mi pan sin compartirlo con el huérfano? Porque desde mi niñez crecía conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo*[1]. Así que no comió su bocado a solas, mas antes lo partió con los peregrinos. Y, como verdadera Cabeza nuestra recibió lo que recibió no solamente para sí, sino para sus miembros.

Su amor al Padre reverbera en nosotros

5. Ahora pasemos más adelante, y vea-

1. Job. 31,17-18.

mos, de tan grandes riquezas como éstas, qué es la parte que nos cabe. Dime: cuando esta ánima santísima, en aquel dichoso instante que fue criada abriese los ojos y se viese tal cual has oído, y conociese de cuyas manos le viniese tanto bien, y, como el que se nace rey y no lo gana por su lanza, se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese ante sí arrodilladas todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto *le adoraron*, como dice San Pablo[1]; dime, si es posible: ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así lo había glorificado? ¿Con qué deseos desearía que se le ofreciese algo en que pudiese agradecer y servir a tal Dador? ¿Hay algunas lenguas de querubines o serafines que esto puedan decir?

6. Pues añado más: que a ese deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre; y que de este negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase a pecho esta empresa tan glo-

1. Heb. 1,6.

riosa, y que no descansase hasta salir al cabo con ella. Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas de obrar es por amor —porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor, concebido en sus entrañas, les hace trabajar—, y, por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que les amase con tanto amor y deseo, que, por amor de verlos remediados y restituidos en su propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.

Dime ahora: después que aquella ánima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese, dime: ¿con qué linaje de amor se volvería hacia los hombres a amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre? Vemos que, cuando un tiro de artillería echa una pelota con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resurte a soslayo de donde va a parar, tanto con mayor ímpetu resurte cuanto mayor fuerza llevaba. Pues así aquel amor del ánima de Cristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza —porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita— cuando, después de haber ido a herir derechamente al corazón del Padre,

resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría se volvería sobre ellos para amarlos y redimirlos? No hay lengua ni virtud creada que esto pueda significar.

Ésta es aquella fuerza que significó el profeta cuando dijo: *Se alegró como gigante para correr el camino; de lo más alto del cielo fue su salida, y su vuelta hasta lo más alto de él; y no hay quien se esconda de su calor*[1]. ¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y volviste para el hombre, y tornaste para Dios! Porque no amas al hombre por el hombre, sino por Dios; en tanta manera le amaste, que quien considera este amor no se puede defender de este amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice el Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza*[2]. Éste es aquel fervor y ligereza que significó la santa Iglesia, esposa tuya, en los Cantares. *Miradlo cómo viene con tanta prisa saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amado a la cabra montés y al hijo de la cierva*, según la lige-

1. Sal. 18,6-7.
2. Cf. Jn. 16,28.

reza que trae. Esto mismo significó el profeta Esaías cuando dijo: *No se entristecerá y turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su ley esperarán las islas.* De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: *Si diere yo sueño a mis ojos, si dejare siquiera yo un poquito pegar mis párpados, si tomare algún descanso para mi vida hasta que hallare en la tierra posada y morada para el Dios de Jacob*[1].

Ésta es la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres, si hay alguno que la quiera saber. Porque no es causa de este amor la bondad, ni la virtud, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas que dijo el jueves de la cena: *Por que conozca el mundo cuánto yo amo a mi Padre, ¡levantaos y vamos de aquí!*[2] ¿Adónde? A morir en la cruz. Considera pues, aquí, ¡oh ánima mía!, la causa de este amor tan gran-

1. Sal. 131,4-5.
2. Jn. 14,31.

de. Tanto más quema el resplandor del sol cuanto son mayores los rayos que le hacen reverberar. Los rayos del fuego de este Sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberan sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor?

Grandeza del amor de Cristo

7. No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegue solamente la muerte y la cruz; porque si, como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si lo que le mandaron hacer por la salud de todos los hombres, le mandaron hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si, como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera que mucho más amó que padeció; mucho amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que nos mostró acá de fuera en sus llagas.

No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese, entre otras particularidades del templo de Salomón, ésta: conviene a saber, que las ventanas de él eran saeteras, que por dentro eran mayores que por fuera parecían. ¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá fuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predican amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es por dentro de lo que por fuera parece. Centella es ésta que sale de fuego, rama es ésta que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Ésta es la mayor *señal* que puede haber de amor, *poner la vida por sus amigos;* mas es señal y no igualdad.

Pues si tanto te debo por lo que hiciste por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de los hombres, ¿qué tanto más es eso que ven los ojos de Dios solamente? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo, todo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Te suplico, ¡oh, Señor y salvador mío!, *por las entrañas de misericordia* que

a darme tal dádiva te movieron, me des ojos y corazón para que yo lo sienta y conozca, para que me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.

El amor de los santos, superado por el amor de Cristo

8. Si quieres, ánima mía, barruntar algo de la grandeza del amor de Cristo, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los santos, pues les excede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbre del sol a las tinieblas, y mucho más. Mira el deseo que tuvo aquel bendito padre Santo Domingo, que así deseaba el martirio como el *ciervo las fuentes de las aguas*, y pedía que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole poca cosa un martirio solo, y deseaba para cada miembro el suyo. Mira el deseo del apóstol San Andrés, que, viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy ama-

da, y la rogaba se holgase con él como él se holgaba con ella.

Vamos a otro más alto género de martirio y a otra nueva manera de deseo, que fue el de San Pablo, que, pareciéndole poco todo género de tormento para satisfacer a su deseo, vino a tanto exceso de amor, que deseó las mismas penas sensitivas del infierno por la honra de Dios y la salud de los hombres. Deseaba y *codiciaba ser anatema de Cristo por mis hermanos,* deseando en esto, como dice Crisóstomo, estar para siempre apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria, aunque no cuanto al amor y gracia. Pues, ánima mía, toma ahora alas y sube de este escalón hasta las entrañas y corazón de Cristo; y mira que si este apóstol sagrado, no teniendo más que una sola gota de gracia, tenía tan grande amor a los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del infierno por ellos, ¿cuánto mayores serán los deseos de Cristo, pues tanto mayor era su gracia y su caridad?

¿Qué otra cosa, Señor, nos quisiste dar a entender en aquellas palabras cuando dijiste: *Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡cómo vivo en estrechura!* Hasta que se llegue la hora, vives, Señor, en estrechu-

ra[1]; porque era tan grande el deseo de verte teñido en tu sangre por nosotros, que cada hora que esto se dilataba te parecía mil años, por la grandeza del amor. Y de aquí nació aquella fiesta gloriosa de los Ramos que quisiste que se te hiciese cuando ibas a padecer, para mostrar al mundo la alegría de tu corazón, que así, cercado de rosas y flores, quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que ibas a la cruz, sino a desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se haga en el camino.

Pues *salid* ahora, *hijas de Sión;* salid ahora, ánimas devotas y amadoras de Cristo, *y veréis al rey Salomón con la guirnalda que le coronó su madre en el diá de su desposorio. Y en el día de la alegría de su corazón*[2]. No hallo yo, Señor, una guirnalda, sino la que hizo tu madre en la sinagoga el viernes de la cruz: no de rosas ni de flores, sino de espinas, para meter en tu cabeza. Pues ¿cómo se llama este día de fiesta *y alegría de corazón?* ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Sí por cierto, y más a Ti que a ninguno de los

1. Lc 12,50.
2. Cant. 3,11.

hombres, porque tu delicadeza era mayor; mas, por la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas tu dolor, sino nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras ánimas enfermas. Si al patriarca Jacob *le parecía poco siete años* de servicio por casar con Raquel, *por el gran amor que la tenía*, ¿qué te parecería un día de la cruz por desposarte con la Iglesia y hacerla tan hermosa, *que no la quedase mancilla ni arruga?* Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo. Tú eres Noé, que plantaste una viña, y bebiste el vino de ella en tanta abundancia, que, embriagado de aqueste poderoso vino, caíste dormido en la cruz; y padeciste tales deshonras en ella que tus mismos hijos se escandalizaron e hicieron burla de ti.

¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descenderte de donde la habían de tomar para amarte! Dime, ¡oh dulcísimo amor!; si sola esta centella que acá afuera nos mostraste fue tan espantable a los hombres que ha sido *escándalo a los judíos y locura a*

los gentiles, ¿qué hiciera si se les pudiera dar alguna otra muestra de amor que declarara toda la grandeza de este amor tuyo?

La locura de la cruz

9. Pues si sola esta muestra de amor, que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído tienen y conocido a cuánto más se extiende tu amor? Esto es lo que los hace salir de sí y quedar atónitos cuando, recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas, de aquí el desear los martirios, de aquí el holgarse con las tribulaciones, de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas, de aquí el desear los tormentos como convites, y alegrarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece, y buscar *abominaciones de Egipto para sacrificarlas a Dios*[1].

1. Ex. 8,26.

«El ánima —dice San Ambrosio— que está desposada con Cristo y voluntariamente se junta con Él en la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las injurias del Crucificado»[1].

10. Pues ¿cómo te pagaré, Amado mío, este amor? Esta es digna recompensa, que la sangre se recompense con sangre. Aquella sangre con que Moisés celebró la amistad de Dios y de su pueblo (la cual era figura de ésta), parte se derramó sobre el altar, y parte sobre el pueblo, reconciliándolo con Dios: la que cae sobre el altar es para aplacar a Dios, y la que cae sobre las cabezas del pueblo, para obligar a los hombres.

¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!, hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo poner ahí mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión

1. SAN AMBROSIO, *De Isaac et anima,* c.5,46: ML 14,544.

y amor! *Para esto* —dice tu Apóstol— *moriste, para enseñorearte de vivos y muertos*[1]; no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares o por vivo o por muerto, véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.

¿Oh qué *maravillosa manera de pelear a tomado el Señor!*, dice la santa profecía; porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor, ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre ajena, sino la suya propia por todos en la cruz. ¡Oh maravillosa y nueva virtud! ¡Lo que no hiciste desde el cielo servido de los ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador de corazones!, roba, Señor, este mío, pues tienes nombre de robador apresurado y violento.

¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, Tú has inflamado todo el mundo de tu

1. Rom. 14,9.

amor; Tú mismo lo dijiste por el profeta: *Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra*[1]; y en tu Evangelio dijiste: *Fuego vine a poner en la tierra. ¿Y qué otra cosa quiero yo sino que arda?*[2]. Bien entendido había la virtud de esta venida y de este fuego aquel santo profeta que por eso daba voces, diciendo: *¡Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses!; las aguas arderían con fuego*[3]. ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Con el fuego principal de tu venida henchiste el mundo de tu amor; como dice el profeta: *Visitaste la tierra, y la embriagastes de amor, y así multiplicaste sus riquezas* con tal linaje de amor. Visitando la tierra, embriagaste los corazones terrenos. ¡Oh amantísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo!, embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor.

1. Sof. 3,8.
2. Lc. 12,49.
3. Is. 64,1.

11. ¿Qué le falta a esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para disparar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero; y el cuerpo tan extendido y brazos tan estirados son la cuerda; y la abertura de ese costado, la nuez donde se pone la saeta de amor para que de allí salga a herir el corazón desarmado. ¡Tirado ha la ballesta y herido me ha el corazón! Ahora sepa todo el mundo que tengo yo el corazón herido. ¡Oh corazón mío! ¿Cómo te guarecerás? No hay médico que le cure si no es morir.

Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale ese hierro de esa lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa; y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre. ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí por curarme, ¡y me has herido! Vine a que me enseñases a vivir, ¡y me haces loco! ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura!, nunca me vea yo jamás sin ti.

No solamente la cruz, mas la misma fi-

gura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes inclinada, para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados, siendo tú el ofendido; los brazos tendidos, para abrazarnos; las manos agujereadas, para darnos tus bienes; el costado abierto, para recibirnos en tus entrañas; los pies enclavados, para esperarnos y para nunca poderte apartar de nosotros. De manera que mirándote, Señor, todo me convida al amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide en mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de Ti? *Si de Ti me olvidare,* ¡oh buen Jesús!, *sea echado en olvido de mi diestra; péguese mi lengua a los paladares si no me acordare de ti y si no te pusiere por principio de mis alegrías*[1].

Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene. Porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios y del deseo que tiene de cumplir su voluntad.

1. Sal. 136,5-6.

Fundamento de nuestra esperanza

12. Pues por este camino podrás entender de dónde proceden tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, para que de aquí se esfuerce tu esperanza viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada.

Has, pues de saber, que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene comprometidos tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama es porque se lo mando el Padre, y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide y merece su Hijo.

Estos son aquellos sobrecelestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia y se envían todas las influencias de gracia al mundo. ¡Cuán firmes son los estribos de nuestro amor!; y no lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó, y tu Padre nos perdona porque Tú se lo suplicas. De mirar Tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pa-

siones y heridas, procede mi remedio y salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre e Hijo; miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud!

¡Oh vista de soberana virtud! ¡Oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dio aquella doncella llamada Axa ante su padre Caleb, le dio su padre piadosamente todo cuanto le pidió; a los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar?

De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio, si le buscare? ¿Cuándo se agotarán sus merecimientos para mi remedio? ¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades que no huela más suavemente el sacrifico de tu pasión, siendo tan grande tu hermosura, que todos los pecados del mundo no son más parte para afearla que un lunarico muy pequeño en un rostro tan hermoso?

13. Pues, ¡oh ánima flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios!, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira

que este negocio no estriba en ti solo, sino en Cristo. No son tus merecimientos solos los que te han de salvar, sino los del Salvador. Si el demérito de aquel primer hombre al cabo de tantos años fue bastante a condenarte, mucho más lo serán los méritos de Cristo para darte salud. Éste es el estribo de tu esperanza y no tú. El primer hombre terreno fue principio de tu caída; el segundo y celestial, principio y fin de tu remedio. Trabaja de estar unido con éste por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco; porque, si lo estuvieres así como el deudo natural, participas la culpa de transgresor; así, por el deudo espiritual, comunicarás las gracias del justo. Si con Él estuvieres de esta manera unido, cree cierto que lo que de Él fuere será de ti, lo que fuere del Padre será de los hijos, lo que fuere de la Cabeza será de los miembros, y *donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas*[1].

Esto es lo que, en figura de este misterio, dijo el rey David a un hombre temeroso y turbado: *Júntate conmigo, que lo que fuere de ti será de mí, y conmigo serás guar-*

1. Mt. 24,28.

dado. No mires a tus fuerzas solas, que te harán desmayar, sino mira a este remediador, y tomarás esfuerzo. Si, pasando el río, se te desvanece la cabeza mirando las aguas, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, que te esforzarán a pasar seguro. Si te atormenta el *espíritu malo* de la desconfianza, suena el arpa de David, que es Cristo con la cruz. *Echa tus cuidados en Dios* y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones; y si crees de veras que el Padre te dio a su Hijo, confía también que te dará lo demás, pues todo es menos.

Cristo continúa presente

14. No pienses que, porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó cuando subió allá, que fue el *palio* de su carne preciosa en memoria de su amor.

Mira que no solamente viviendo padeció por ti, mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada cruel; porque sepas que en vida y en

muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo de expirar: *Acabado es*, aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Dice San Pablo: *Jesucristo ayer fue, y hoy es también, y será en todos los siglos;* porque cual fue en este siglo, mientras vivió, para los que le querían, tal es ahora, y será siempre, para todos los que le buscaren.

MEDITACIÓN DEL BENEFICIO QUE NOS HIZO EL SEÑOR EN EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Entre todos los nombres que te pone el profeta Isaías, clementísimo Señor y Salvador nuestro, uno de ellos es *Admirable,* porque quien atentamente considera tu vida santísima hallará que todos los pasos de ella son de grande admiración. Mas, entre todos, verdaderamente es muy admirable el misterio de tu muy santísimo sacramento, el cual no sin causa es figurado por el maná que llovía sobre todos los santos padres en el desierto, el cual no sólo con las otras propiedades, sino también con el nombre, re-

presentaba la grandeza de este misterio. Porque maná es palabra de admiración, que en lengua hebrea quiere decir *¿Qué es esto?* Lo cual convenientísimamente pertenece a este divino misterio. Porque él es tal, que siempre habían de estar nuestras ánimas maravillándose de él y repitiendo muchas veces esta palabra de admiración.

Y como aquí haya muchas cosas de que debemos maravillarnos, maravíllate, ánima mía, sobre todas, de la grandeza del beneficio que Dios aquí te hizo. Y, para que mejor entiendas esta grandeza, considera dos cosas, conviene a saber, lo que en este sacramento se te da y el medio por donde se te da, y hallarás por cierto que ni la dádiva en su género puede ser mayor, ni el medio más excelente, ni más amoroso ni más honroso para el hombre.

¿Qué es?

Vamos lo que te da por virtud de este sacramento. Innumerables son sus efectos y virtudes, mas la primera y más principal es hacerse semejante el hombre a Dios en la pureza de la vida, y después en la bienaventuranza de la gloria, que es hacer al hombre divino, deificada su ánima y haciéndola participante de las costumbres y naturaleza de Dios.

Y, porque ésta es una gran cosa que parece increíble, oye cómo así lo dice el mismo Dios: *El que come*, dice Él, *mi carne y bebe mi sangre, él está en Mí y Yo en él.* Añade luego estas palabras en sentencia, y dice: «Pues así como mi Padre está en Mí, y, por estar Él en Mí, la vida que Yo vivo es en todo semejante a la de mi Padre, que es vida de Dios, así aquel en quien Yo estuviere por medio de este sacramento, la vida suya será semejante a la mía, y así no vivirá ya como hombre, sino como Dios, como vivía mi Apóstol: *Vivo yo, ya no yo, sino vive Cristo en mí*».

Esta sentencia y esta comparación es de Cristo. Bastábanos, sin duda, sólo esto para hacer aquí una perpetua estación, sin pasar adelante. ¿Quién osara, Señor, hacer tal comparación como ésta, si Tú no la hicieras? Comparas el estar Tú en nosotros con el estar en Ti el Padre, y comparas la divinidad que el Padre te comunica a Ti, por que no pensasen los hombres que por ser esta unión espiritual era de poco tomo. Por eso la comparaste con la mayor y más alta unión que hay en el cielo y en la tierra, con la que hay entre tu Padre y entre Ti. Y, aunque en todo no puede haber semejanza entre la una

y la otra, mas mucho es, y muy mucho, que ella sea tal y de tanto tomo, que merezca ser comparada con ella.

Pues hinquemos ahora las rodillas y convoquemos a todas las criaturas para que nos ayuden a dar gracias al Señor por esta unión tan admirable y por esta gracia tan singular. Miraste, Señor, con estos tus piadosos ojos la bajeza de nuestra condición; te compadeciste de nuestra miseria; determinaste, por tu sola piedad y clemencia, levantarnos de ella.

Pudieras hacer esto de muchas maneras y en muchas cosas; y fue tan grande tu liberalidad, que nos levantaste a lo más alto que nos podías levantar, que es a la participación de Ti, que eres infinito y sumo bien. ¿Adónde nos levantaste? A lo más alto de los serafines. ¡Oh maravillosa dispensación de tu gracia, que una criatura tan distante por la naturaleza de la condición de los ángeles sea por gracia igualada con el mayor de todos ellos y aún para llegar a ser participante del mismo Dios!

Mas por ventura dirás: «¿Cómo es posible que una cosa tan baja suba a tan alto lugar?» Para esto debes saber que es condición de las cosas imperfectas que, juntándose con las perfectas, se comunique algo

de su perfección, especialmente siendo así que, cuando las cosas son más perfectas, son más activas, como es el fuego entre los elementos y, por consiguiente, son más poderosas para semejar a sí todo lo que hallen a par de sí.

¿Quieres tú que un guisado desabrido sea sabroso? Le echas tú un poco de azúcar, o de miel, o de especias olorosas, y con esta mezcla viene, lo que era imperfecto, a participar la virtud y propiedades de lo perfecto, y a tener sabor y gracia lo que antes era desabrido y desgraciado.

Pongamos otro ejemplo de más dignidad. Ves una nube en el cielo muy negra y muy oscura, y, si acaso aciertan los rayos del sol, mayormente cuando se quiere ya poner, a embestirse en ella, ¿viste cuán hermosa se para y cuán semejante al mismo sol?

Mira qué hace la liga de lo perfecto con lo imperfecto. Pues de esta manera, Tú, Señor, que eres el verdadero sol de justicia, viendo nuestras ánimas llenas de oscuridad y tinieblas, tuviste por bien de abrazarte con ellas por medio de este Santísimo Sacramento, para que con tu virtud se convirtiesen nuestras tinieblas en luz y para que los que éramos semejantes al demonio en la

oscuridad de la culpa fuésemos semejantes a Ti en el resplandor de la gracia.

Éramos también desabridos manjares al gusto del Eterno Padre, y tú, que eres panal de miel y pan de los ángeles, descendiste a juntarte con nosotros para quitar nuestro desabridamiento con tus sabores, y nuestra amargura con tu infinita suavidad.

Dieron voces los hijos de los profetas al profeta, diciendo: *La muerte está en la olla*, varón de Dios; *la muerte está en la olla*[1]. Echó harina en la olla, y con ella se mudó la naturaleza de aquellas hierbas venenosas, de tal manera que de amargas se hicieron dulces, y de mortíferas saludables. ¡Oh harina del cielo, pan de vida, y cuántas veces con tu vida destruyes nuestra muerte y con tu infinita suavidad conviertes nuestros desabrimientos en dulzura!

Echa, pues, ánima cristiana, a menudo de esta harina en tu corazón, que ésa es la olla donde está aposentada la muerte que se te entró por la ventanas, que esta medicina bastará para que huya la muerte y halle entrada la vida. Pues ¿qué gracias te daré,

1. 4 Re. 4,40.

Señor? ¿Cómo te alabaré por tal dádiva como ésta? ¿Dónde merecí yo tal honra? ¿Dónde me vino tal dignidad que quieras Tú, Dios mío, hacerme participante de Ti? ¿Cuál de tus beneficios se puede igualar con éste? Grandísimo es el beneficio de tu encarnación, en el cual tuviste por bien de tomar mi humanidad en ti; mas aquí me das la humanidad junto con la divinidad, para que, recibiéndola e incorporándola conmigo, venga a hacerme una cosa contigo. Porque así como del manjar y del que come se hace una misma cosa, así se hace de este Sacramento y del que dignamente lo recibe, aunque, como dice San Agustín, no se muda este manjar en nosotros, sino, por el contrario, nosotros espiritualmente nos mudamos en él. ¡Oh cuán puro y semejante a Dios se hace el que goza de este manjar y lo frecuenta!

Porque si vemos que el fuego, por ser elemento tan noble, convierte en sí todo lo que se junta con él, gastando primero lo que le es contrario en las cosas y después comunicándole su forma y perfección, ¿cuánto más aquel abismo de infinita bondad y nobleza gastará todo lo malo que hallare en nuestras ánimas y las hará semejantes a sí?

De esta manera se hace el hombre todo vivo y despierto para las cosas de Dios, por haber recibido en sí el pan de la vida; se hace todo angélico, por haber comido del pan de los ángeles, y, finalmente, se hace todo divino, por haber recibido dentro de sí a Dios, el cual de tal manera deifica todas las potencias de la tal ánima, que ya ninguna cosa codicia, ni piensa, ni desea, ni teme, ni ama sino sólo a Dios. Pus ¿qué me puede ya faltar después de poseer todo este bien?

¡Oh Dios misericordiosísimo!, ¿qué más habías de hacer por mí de lo que hiciste, aunque por toda la sabiduría y grandeza de tu Padre entendieras en hacernos una gran merced y darnos una gran prenda de tu amor? No puedo, dice un doctor, comprender con mi entendimiento qué mayor dádiva ni más alta ni más provechosa y saludable le pudiera dar.

¡Oh maravilloso trueque el que con nosotros, Señor hiciste! Tomaste de nosotros nuestra flaca y mortal humanidad, dístenos en su lugar tu admirable y excelentísima dignidad. Verdaderamente todo el tesoro de tu gracia derramaste sobre nosotros, y, abierto el corazón que tenías de padre, rom-

piste las venas de tu excelentísima caridad y las dejaste correr sobre nosotros.

Aquí mostraste por la obra cuán encendido estaba este corazón de nuestro amor; y, porque este divino fuego no se podía más encubrir, salió fuera la llama de él, haciendo al hombre que entendiese la grandeza y fuerza de él, dándole tu santísima carne por mantenimiento, y tu sangre por bebida, para que, considerando él este inmenso amor, también él por su parte fuese inflamado de amor, y así, en alguna manera, respondiese al amor de Ti, su creador.

Del modo que el Señor tuvo para hacernos este beneficio

Mas ya, Señor, que así determinabas comunicarnos tu gloria y hacernos participantes de Ti, pudieras hacer esto de muchas maneras; mas esto fue cosa de suma caridad y misericordia que inventaste para ello una manera tan alta y honrosa y tan favorable, que excede todo lo que se puede pensar.

Tomaste por medio, para darnos parte de Ti, abrazarte con nosotros y entrar Tú mismo en persona en nuestros cuerpos, debajo

de especie de mantenimiento, para obrar en nosotros esta unión tan admirable.

Dime, Señor: ¿qué pudieras hacer con que más te humillaras a Ti y más levantaras a los hombres, pues a ellos hiciste templo tuyo y a Ti hiciste manjar de hombres? ¿Qué quieres, Salvador mío, que infiera yo de aquí? ¿Qué se puede inferir de esta entrada tan familiar en mi casa, y de esta liga divina, y de este beso de paz, y de este abrazo tan estrecho, con el cual te abrazas con nuestras almas?

Pensaba yo, Señor, que tus deleites eran estar en el seno del Padre o entre los coros de los ángeles, o estar sentado a la diestra de la majestad en las alturas, y ahora entiendo que también tienes tus deleites acá, en la tierra, y que acá, en este desierto, tienes también, como otro verdadero Salomón, su casa de solaz en el monte Líbano, labrada de oro y cedro. *¿Es posible*, dice Salomón, *que more Dios en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar con toda su anchura, ¡cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado!*[1]

1. Cf. 3 Reg. 8,27.

No desvíes, ánima mía, los ojos de esta grandeza suya y de esta bajeza tuya, y verás de cuáles entrañas y clemencia procedió no sólo quererte remediar, sino quererlo por tan admirable camino y piadoso. ¡Oh buen pastor, y cuán fielmente cumpliste aquella cédula y palabra que nos diste por el profeta Ezequiel!: *Yo apacentaré mis ovejas y les daré sueño reposado, y buscaré lo que estuviere perdido, y volveré al aprisco lo que estuviese desechado; yo ataré lo que estuviere quebrado, yo esforzaré lo que estuviere flaco; y lo que estuviere gordo y fuerte, conservarlo, he,* etc.[1]

¡Oh manjar divino, por quien los hijos de los hombres se hacen hijos de Dios, y por quien nuestra humanidad se mortifica para que Dios en el ánima permanezca! ¡Oh pan dulcísimo, digno de ser adorado y deseado, que mantienes el ánima y no el vientre; confortas el corazón del hombre y no le cargas el cuerpo; alegras el espíritu y no embotas el entendimiento; con cuya virtud muere nuestra sensualidad, y la voluntad divina y pueda obrar en nosotros sin impedimento!

1. Cf. 3. E3, 34,15-16.

¡Oh maravillosa bondad, que tales mercedes quiso hacer a tan viles gusanillos! ¡Oh maravilloso poder de Dios, que así puso, debajo de especie de pan, su divinidad y humanidad y partiese él en tantas partes, sin padecer él detrimento en sí! ¡Oh maravilloso saber de Dios, que tan conveniente y tan saludable medio halló para nuestra salud!

Convenía, sin duda, que, pues por una comida habíamos perdido la vida, por otra la cobrásemos, y que así como el fruto de un árbol nos destruyó a todos, así el fruto de otro árbol precioso nos reparase a todos. Venid, pues, los amadores de Dios y asentaos a esta mesa.